

El carácter de la crisis económica

IU ENTRE SÍSIFO Y PROMETEO¹

(Aportación al debate en la Presidencia Ejecutiva Federal de IU del 21 de febrero de 2009)

Alberto Arregui y Jordi Escuer

“No se producen demasiados medios de subsistencia en proporción a la población existente; por el contrario. Se producen demasiado pocos como para satisfacer decente y humanamente al grueso de la población. No se producen demasiados medios de producción para ocupar a la parte de la población capaz de trabajar; por el contrario. (...) Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. (...) No se produce demasiada riqueza. Pero periódicamente se produce demasiada riqueza en sus formas capitalistas antagónicas.”
(Carlos Marx. *El Capital*. Pag 331 Libro Tercero, Volumen 6. Siglo XXI).

“La producción se detiene no allí donde esa detención se impone en virtud de la satisfacción de las necesidades, sino donde lo ordena la producción y realización de ganancias”
(Ibidem pg 332)

La crisis económica presente ha inaugurado una nueva etapa en la sociedad contemporánea y abre un nuevo escenario para la lucha de clases y los conflictos entre las naciones. Estamos obligados a realizar un buen diagnóstico de las causas de esta crisis para lograr tanto una buena orientación política de IU, como para dar con las propuestas programáticas necesarias para que el movimiento obrero pueda afrontar sus consecuencias. Sería un disparate considerar que algún médico puede prescribir un tratamiento sin un diagnóstico previo. Aunque en economía es más común la hechicería que la ciencia.

La opinión dominante es que se trata de una “crisis financiera” que está dañando a la “economía real”. Nadie puede negar que existe una enorme crisis financiera, pero ésta sólo es una de las consecuencias de esta situación. Es una visión simplista de la economía capitalista actual, buscar el problema en una economía financiera que daña la economía real y, por tanto, si ponemos en vereda al capital financiero el resto de la economía volverá a marchar bien. En realidad, esa es la opinión de la inmensa mayoría de los analistas de la burguesía. La solución es regular los mercados financieros. Desgraciadamente, esa idea también es la que acaba asumiendo la mayoría de las direcciones de la izquierda sindical y política.

La “financiarización” hoy agudiza la crisis, pero la mayoría la bendecía cuando estimulaba el auge. El desarrollo del llamado “dinero financiero” abrió las puertas a una expansión sin precedentes por su volumen del crédito y la especulación, ampliando la capacidad de consumo y de inversión más allá de los cauces “naturales”. Ese fenómeno también ha acompañado al capitalismo desde el surgimiento de las sociedades por acciones y su pleno desarrollo en las últimas décadas del siglo XIX, al tiempo que la Bolsa se convertía

¹ *Sísifo* era un personaje de la mitología griega obligado a empujar una piedra enorme cuesta arriba por una ladera empinada, pero antes de que alcanzase la cima de la colina la piedra siempre rodaba hacia abajo, y Sísifo tenía que empezar de nuevo desde el principio. Rosa Luxemburgo afirmó que la lucha sindical sin perspectiva socialista era un trabajo de Sísifo, en referencia al inútil esfuerzo de dicho personaje. No era un desprecio al trabajo sindical sino que pretendía destacar que la lucha sindical no tiene sentido sin una perspectiva de transformación social: “no existen dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y otra política; existe sólo una única lucha de clase que tiende simultáneamente a limitar la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a suprimir la explotación capitalista y, al mismo tiempo, la sociedad burguesa” (Huelga de masas, partido y sindicatos). *Prometeo*, otro personaje mitológico, gran benefactor de la humanidad, que robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres.

en el epicentro de la economía capitalista. Hoy ha sido llevado a su máxima expresión. Pero, como siempre, ni el crédito, ni el valor de las acciones, ni el precio de las viviendas, puede crecer indefinidamente. Cuando la producción y venta de viviendas ha tocado techo su valor se ha desplomado y ha actuado de catalizador del mismo fenómeno en una economía hiperendeudada. Hemos pasado del "efecto riqueza" al "efecto pobreza". Purgar ese exceso de crédito y de "dinero financiero" llevará años.

CRISIS DE SOBREPDUCCIÓN

En los años 70 se responsabilizó al petróleo de la crisis de la época, la "crisis del petróleo" hoy es una "crisis financiera". Claro, siguiendo esa tónica, el crac del 29 fue "una crisis bursátil". Esta forma de encarar el análisis de las crisis tiene una consecuencia clara: no se trata del propio sistema, sino del "modelo de desarrollo". Siempre se busca una causa exógena al sistema para evitar cuestionarlo, para eludir que el desarrollo racional de las fuerzas productivas choca inevitablemente con las relaciones de producción existentes, y se expresa, periódicamente, en la más irracional de las formas: la sobreproducción (o la sobrecapacidad productiva).

"Los intentos, realizados desde el punto de vista económico ortodoxo, de negar la superproducción general en un momento dado, en realidad son pueriles". (Carlos Marx. Grundrisse. Pag 363, Volumen I. Edición Siglo XXI) (Nota: En estas páginas, Marx, rebate las tesis de quienes niegan este carácter de las crisis, pero son muy extensas para traerlas aquí).

La cuestión es: ¿una regulación de los mercados financieros evitará las crisis? Hoy conviene recordar que la política que se ha dado en llamar "neoliberal" —que ni es nueva ni liberal, porque hace mucho tiempo que desaparecieron las condiciones para el libre mercado—, fue una reacción de la burguesía frente a la crisis de los años 70 y el fracaso del keynesianismo para resolver los problemas del sistema. Igualmente, éste último surgió como reacción ante el fracaso de la anterior etapa capitalista que llevó al mundo a una dura crisis económica y dos guerras mundiales. Hoy se desempolva a Keynes a toda prisa en búsqueda de una nueva reforma del sistema para evitar su hundimiento. De que eso les preocupa hay muchos testimonios. Basta destacar aquí el de Paul Samuelson —economista, firme defensor del capitalismo, y englobado en la escuela de los "nekeynesianos"— que sentenció hace poco que esta crisis era al capitalismo lo mismo que la caída de la Unión Soviética al comunismo.

LIBERALISMO-INTERVENCIONISMO

Así pues, el capitalismo busca una salida para salvar el sistema. ¿Debemos nosotros sumarnos a esta dinámica de "liberalismo" e "intervencionismo", según nos lo vayan marcando las épocas, y contribuir a perpetuar, si ello es posible, la existencia del capitalismo? ¿Pensamos que existe un capitalismo malo-financiero-liberal, y otro bueno-productivo-keynesiano, y nuestro deber es apuntarnos a este último? Esa es la postura mayoritaria en las direcciones actuales de la izquierda, consciente o inconscientemente, y la obligación de IU es ser capaces de romper esa dinámica sin salida. La tesis dominante en la izquierda queda muy bien resumida en el conocido aforismo de Lionel Jospin: "Economía de mercado sí, sociedad de mercado no".

Esa misma idea late tras el planeamiento de que el problema está en el modelo de capitalismo, el "neoliberalismo", pues implica que puede haber otro formato de economía de mercado que sea más justo socialmente y que dé pie a un reparto más equitativo de la riqueza. La misma idea la vemos expresada en las últimas tesis que desde el discurso del compañero Ángel Pérez en el Club Siglo XXI, parecen ganar predicamento en nuestras filas; debemos, según esto, "intervenir el mercado". Tras esas propuestas subyace la crisis teórica de la izquierda contemporánea, la pérdida de una alternativa a la economía de mercado y el abandono del socialismo frente al capitalismo.

No estamos ante un planteamiento nuevo. Eugen Dühring, ya exponía lo mismo, mereciendo el siguiente comentario de Engels: "Toda la economía dühringiana se resume en

esta tesis: el régimen capitalista de producción es excelente y puede seguir existiendo, pero el régimen capitalista de distribución es detestable y debe desaparecer”.

CUESTIONAR LA ECONOMÍA DE MERCADO

Sin cuestionar la economía de mercado es imposible trazar una salida de la crisis por la izquierda. El movimiento obrero necesita cambiar el punto de partida de sus análisis. Copérnico superó la visión geocentrista del universo, que había dominado la astronomía desde Tolomeo, y situó el sol en el centro del sistema. A partir de ahí, y con la posterior contribución de Kepler, fue posible calcular las órbitas de los planetas perfectamente. Era necesario un cambio de enfoque para ser capaces de comprender cómo funcionaba el sistema solar. Para explicar qué le pasa a la economía actual no debemos remon-tarnos a Adam Smith sino a Carlos Marx. No para repetir como fórmulas vacías sus análisis de El Capital, sino para tratar de aplicar su método al capitalismo contemporáneo. De la misma forma que Copérnico sentó las bases de la astronomía moderna, la teoría del valor y la plusvalía, siguen siendo los elementos centrales para comprender la dinámica del sistema capitalista y la naturaleza de la actual crisis.

El capitalismo convierte el mercado en el eje de la actividad económica. Todo bajo el capitalismo se convierte en mercancías —incluidas las personas—, por eso hablamos de una economía de mercado, ya que la plusvalía (la sangre de ese cuerpo senil) sólo puede realizarse en él. El sustrato del capitalismo es la existencia de la propiedad privada de los medios de producción, por un lado, y de trabajadores sin otra opción que vender su fuerza de trabajo por otro. Hoy, cuando existe la mayor concentración de capital, de una parte, y la clase obrera más numerosa, de otra, de toda la historia del capitalismo, eso es una realidad difícilmente discutible. El capitalismo sigue tratando de reproducirse a sí mismo constantemente arrojando a la hoguera del mercado todo lo que puede —¿qué son si no las privatizaciones?— y obligando a la clase obrera a vender su fuerza de trabajo en peores condiciones, más barata y por más tiempo, destruyendo sus derechos laborales y sus conquistas históricas. El paro constituye un factor crónico en el capitalismo que se encarga de mantener bajo el precio de la mano de obra. La obtención de plusvalía —es decir, la explotación de los trabajadores— sigue siendo el motor central de su funcionamiento.

Esa explotación no se produce en el mundo financiero, sino que empieza en las fábricas, en cada “empresa real”. Los EREs de hoy, los despidos de los trabajadores temporales, el cierre de las contratatas externas, vienen precedidos por años de incremento de explotación en las empresas que han permitido enormes ganancias. La hipertrofia del capital financiero, la “financiarización”, expresa la tendencia del capital a su concentración y a convertirse en rentista, a buscar de todas sus inversiones una tasa creciente de ganancia. Los fondos de inversión—los hedge funds— sólo son la máxima expresión del capitalismo contemporáneo cuya forma dominante es la del rentista, del tenedor de acciones, que controla con ellos los medios de producción y el ahorro del conjunto de la sociedad al servicio de sus ganancias. No es sino una expresión del carácter parasitario del sistema en su conjunto.

DESDE LA CRISIS DE LOS TULIPANES

La especulación ha acompañado al capitalismo desde sus principios, desde la “crisis de los tulipanes” al desarrollo del ferrocarril de vapor, pasando por las punto.com o el auge inmobiliario. Es la tendencia constante del capitalista de buscar la forma de obtener ganancias cada vez mayores sin pasar por el doloroso proceso de la actividad productiva, donde siempre se arriesga a no ser capaz de realizar la plusvalía producida.

¿Qué ha desatado la crisis financiera? Lo mismo que todas las anteriores, una clásica crisis de sobreproducción. Durante años se invirtió enormes cantidades de dinero en la vivienda, pues daba excelentes ganancias, pues era un bien de primerísima necesidad. Los estados, “sus” estados, contribuyeron al auge poniendo fin a cualquier política de vivienda protegida para ampliar el “mercado” y bajando los tipos de interés. Mientras

crecía la venta de viviendas reales, su precio aumentaba constantemente, garantizando una ganancia extra. Sobre esa base real, se levantó la burbuja inmobiliaria. En una economía capitalista siempre ocurre así, los capitales se dirigen hacia donde hay ganancias mayores, estimulan el crecimiento del sector hasta que éste supera la capacidad de absorción del mercado y entonces, viene la crisis, que no es otra cosa que el mecanismo natural del sistema para corregir sus “excesos”. Así sucedió con la vivienda, y antes con las punto.com, y así sucederá mientras exista una economía de mercado. Pero no es la sobreproducción de un sector, sino del conjunto de la economía.

De hecho, es el periodo de auge el que ha preparado las condiciones para la crisis. ¿Qué provocará ésta? Una destrucción de parte de las fuerzas productivas y de la riqueza, para acoplar el mercado a la capacidad de consumo bajo condiciones capitalistas, y un aumento drástico de la explotación de los trabajadores que permita recuperar la tasa de ganancia.

EL OBJETIVO DEL SISTEMA ES MÁS PLUSVALÍA

La necesidad de incrementar las ganancias es lo que mueve la economía capitalista, las inversiones —como explicaba hace poco un directivo de la OCDE— gravitan hacia los países y sectores más rentables. Bajo el capitalismo, la crisis nos lo vuelve a recordar, no se mueve una máquina ni se contrata a un trabajador, si no garantiza una ganancia “adecuada” al propietario de los medios de producción. El valor de uso está subordinado al valor de cambio, la atención de las necesidades sociales a la producción de plusvalía, la necesidad de preservar el medio ambiente a las ganancias de las multinacionales. Las viviendas se quedan vacías mientras millones de familias son desahuciadas, los servicios públicos de todo tipo carecen de dotaciones suficientes mientras las fábricas se cierran y los trabajadores serán arrojados al paro, se reduce los impuestos a los que más tienen mientras los gastos sociales no alcanzan para atender las necesidades reales.

Y, junto con una mayor explotación de los trabajadores, también se producirá una mayor intensificación de la explotación de los recursos naturales, en particular del petróleo. Las compañías energéticas, las principales multinacionales del planeta, no renunciarán a seguir ganando pingües beneficios extrayendo petróleo mientras quede suficiente en las entrañas de la tierra. Ninguna está interesada en un reducción del consumo energético sino en seguir manteniendo su tasa de ganancia. Las multinacionales seguirán promoviendo sistemas de transporte, modos de producción y de vida, en general, insostenibles ecológicamente. El hiperconsumo de una minoría será la otra cara el infraconsumo de una mayoría.

Las medidas que se nos plantean: abaratamiento del despido, congelación o reducción de los salarios, eliminación de los convenios, reducción de impuestos para las empresas, nuevas privatizaciones... Todas están orientadas a incrementar la tasa de ganancias. El objetivo es aumentar la rentabilidad y atraer nuevos capitales, aunque sea a costa de aumentar las desigualdades y destruir el medioambiente.

¿INCREMENTAR LA PRODUCTIVIDAD?

Incrementar la productividad y cambiar el modelo basado en el ladrillo, que son las panaceas que nos ofrece el gobierno, son cosas que hay que hacer pero que, bajo condiciones capitalistas no ofrecen ni una solución a la crisis ni unas mejores condiciones para el movimiento obrero. El mejor ejemplo nos lo ofrece el capitalismo alemán, la principal economía exportadora del mundo que, a pesar de ello, ha incrementado la explotación de sus trabajadores con un fuerte crecimiento de las desigualdades sociales y que no por ello se ha librado de la crisis. Por que, sea cual sea la estructura productiva, el motor del funcionamiento de una economía capitalista son las ganancias. Y éstas provienen de la plusvalía, por eso, cuanto más se desarrolla la productividad bajo el capitalismo, la necesidad de incrementar la obtención de dicha plusvalía no se reduce, sino que aumenta, para compensar el peso creciente de las inversiones en capital constante (bienes de equipo, investigación). Eso explica la paradoja de que a pesar del enorme desarrollo de las fuerzas productivas modernas, con una mayor productividad, la

tendencia dominante no sea hacia unas mejores condiciones de trabajo y una menor jornada laboral, sino exactamente la contraria.

La plusvalía es el quid de la cuestión, por eso cualquier política que varíe el reparto de la renta en favor de los trabajadores sin cuestionar las relaciones de propiedad capitalistas, reducirá las ganancias y, eso, a medio plazo ahogará las inversiones capitalistas y paralizará la economía. ¿Eso significa que hemos de renunciar a esa lucha? En absoluto, lo que hace falta es unirla a un proyecto de transformación social. Es más, sin ese proyecto la lucha por lo más inmediato pierde mordiente y el movimiento acaba retrocediendo por falta de alternativa social ¿qué, si no, ha sucedido estos años? ¿Qué opción tenemos ante los cierres y ajustes de plantilla de las multinacionales? Sólo cabe una alternativa política que cuestione el sistema económico de arriba a abajo.

Hoy es muy común achacar al keynesianismo el mal llamado estado del bienestar, cuando en realidad fue el movimiento obrero el que arrancó con su lucha todas las conquistas alcanzadas tras la Segunda Guerra Mundial. Era la fuerza de las organizaciones de la izquierda sindical y política, y la existencia del bloque soviético, lo que permitió una correlación de fuerzas favorable al movimiento obrero. Sin embargo, en la medida en que el sistema pervivió, tras la crisis de los años 70 el capitalismo fundamentó su recuperación en dismantelar las conquistas del movimiento obrero. Esa fue la base del auge que hoy dejamos atrás. La diferencia esencial entre este auge pasado y el posterior a la segunda guerra mundial es la crisis del movimiento obrero, que ha permitido al capitalismo ir mucho más allá en sus ataques a la clase obrera. Por eso, la participación de los trabajadores en la renta nacional ha caído en todos los países desarrollados, a diferencia de lo que pasó en esa época.

Y, tras el auge, viene la crisis. Esto es mucho más que una crisis cíclica, todo apunta a que es el primer y contundente síntoma del fin de una época y la entrada en otra en la que las tasas de crecimiento serán mucho menores y en la que el estancamiento y la recesión serán la nota dominante. Por eso no podemos aceptar una actitud de resignación impotente para ofrecer una alternativa al capitalismo, tal como se refleja en nuestros documentos:

“Las propuestas de Izquierda Unida no son la solución de la crisis. Esta sería una pretensión desacertada e ingenua. Estamos ante una crisis del sistema capitalista, en esta ocasión más grave y profunda que las inmediatamente precedentes, y las crisis cíclicas son propias de ese sistema. Sólo terminarán con la desaparición del capitalismo. Lo que si es posible es paliar los efectos de la crisis y contribuir a crear las condiciones para una recuperación que garantice un desarrollo económico sobre bases nuevas, radicalmente diferentes, tanto desde el punto de vista social como ecológico, en un camino que conduzca hacia el socialismo.”
(Documento de IU Federal, Secretaría de Empleo y Trabajo)

CAMBIAR LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN

Nuestra alternativa no puede limitarse a hacer declaraciones generales sobre el fracaso del capitalismo para luego pedir que se promuevan medidas anticíclicas o que se den estímulos fiscales a las empresas que inviertan en I+D. Debemos ir a la raíz del problema que no es, en lo esencial, el modelo de sistema, sino el propio sistema y sus relaciones de propiedad. El incremento de la productividad, bajo condiciones capitalistas tiende a cronificar el desempleo porque esas ganancias de productividad no se traducen en reducciones de la jornada laboral sino de las plantillas. Es más, también en términos capitalistas, esa política busca resolver la crisis a costa de otros países. De hecho, estamos viendo como revive el proteccionismo con el "consuma productos españoles" o "norteamericanos", por citar dos ejemplos recientes y sonados.

La única forma de dar salida al problema es abandonar el sistema tolemaico también en economía y decir que existe una alternativa a la economía de mercado, con su correlato de crisis, explotación y desempleo: la planificación democrática de la economía en función de las necesidades sociales y de forma respetuosa con el medio ambiente. Es necesario que la producción esté supeditada a las necesidades de las personas, y no que

las personas estén supeditadas a las necesidades de producción, como sucede bajo el capitalismo.

Para que eso sea posible es necesario cambiar las relaciones de producción. Hoy todo es habitual usar la palabra "mercado", "capital", como algo consustancial a los medios de producción. Pero "en virtud de su naturaleza, los medios de producción no son capital, como no lo es la propia fuerza de trabajo humana. Sólo adquieren ese carácter social específico en determinadas condiciones, que surgen a lo largo de la historia" explica Marx.

La única salida efectiva y duradera a los problemas que plantea el capitalismo contemporáneo a nuestra sociedad, es un cambio en las relaciones de propiedad de los grandes resortes de la economía. Eso permitiría poner por delante el valor de uso al valor de cambio, la producción real al dinero, un modelo productivo adaptado a las posibilidades del medioambiente y a atender las necesidades sociales del conjunto de la población.

Sólo ese cambio de relaciones de propiedad permitiría que la democracia entrara en la economía, en lugar de tener una democracia subordinada a las necesidades de la "economía". La experiencia del antiguo bloque soviético, aún pendiente de una discusión a fondo en la organización, sí puso de relieve la necesidad del control democrático y la descentralización para que una economía planificada funcione.

Sobre todas estas cuestiones es necesario abrir un debate a fondo en la organización. En nuestras propuestas debe ponerse énfasis en el desarrollo de un sector público, en una política de nacionalizaciones de los principales resortes económicos. Eso unido a una defensa intransigente de los derechos de los trabajadores reclamando:

- la reducción de la jornada laboral,
- el fin del empleo basura,
- la dignificación de los salarios,
- la prohibición de los desahucios de familias trabajadoras
- y un subsidio de desempleo indefinido para todo trabajador en paro mientras no se le garantice un empleo digno.

Ambos tipos de reivindicaciones forman parte de un todo articulado que debe buscar levantar una alternativa socialista para el movimiento obrero, que pueda ir ganando apoyo conforme éste se recupere, pero que también, a su vez, contribuya a esa misma recuperación.

La falta de alternativa económica y de sociedad por parte de las direcciones sindicales, condena su política a una mera acción defensiva, en un intento desesperado por aferrarse a la dinámica de estos años pasados fundada en el acuerdo sobre el "mal menor". Toda su alternativa se reduce a reclamar el diálogo, pero la patronal ya ha dejado claro que si el diálogo no supone aplicar la política que ellos demandan el "gobierno tiene que gobernar". Es el mejor testimonio de que la burguesía ya no tiene suficiente con la política de los últimos años y que necesita dar varias vueltas de tuerca más en el incremento de la explotación de los trabajadores. La crisis del sindicalismo está servida.

El anuncio de la posibilidad de la nacionalización de la Banca en Alemania demuestra que la propia burguesía nos indica, en parte, el camino a seguir, porque es el que le marcan las necesidades de las propias fuerzas productivas. Ella misma está aplicando un "paréntesis en el mercado", nacionalizando bancos e interviniendo en apoyo de las grandes empresas, pero para salvar al sistema de sus propios problemas.

Apoyándonos en su desesperación, que rompe con lo que era un tabú hace sólo unos meses, es el momento de plantear la necesidad de una planificación económica y de nacionalizar la economía, pero bajo control democrático de los trabajadores.

Este es el auténtico debate a propósito de la crisis que debiera ocupar las fuerzas de nuestra organización; IU tiene que ser capaz de establecer la conexión entre la defensa de las necesidades cotidianas y la apología de la necesidad del socialismo. No deja de ser la diferencia entre Sísifo y Prometeo.

El análisis que hemos realizado nos lleva a proponer las siguientes medidas concretas y consecuentes con el mismo:

- Se debería abrir un proceso de discusión sobre la crisis en toda la organización, abierta a la sociedad, pero no con "personajes ilustres", sino para recoger las inquietudes de la calle y darle alternativa política. Terminando en una Conferencia de IU sobre la Crisis económica, su caracterización, efectos y alternativas.
- ¿Qué haremos cuando se plantee la Concertación Social y los dirigentes de los sindicatos mayoritarios la acepten? Tendríamos que plantear ya nuestra oposición a las políticas de Pacto Social.
- Es cierto que resulta duro a los sindicatos plantear una Huelga General contra un gobierno del PSOE, pero no es el caso de Madrid, donde debiéramos impulsar una Huelga General contra el gobierno del PP, y eso también causaría un efecto en toda la sociedad, y sería un aviso para el PSOE y un avance en la perspectiva de Huelga General en todo el Estado.